

## Palera

Se llamaba Manuela. Era viuda, coja de una pierna y algo cegata. Vivía por un lugar de la Huerta que ella nunca quiso revelar. Madrugaba mucho Manuela, la mujer de los higos de pala, la Tía Palera, como la llamábamos para distinguirla de las otras Manuelas.

Con el alba, antes que le llevaran la mercancía, ya estaba ella arriba, en pie, trajinante. Manuela ponía unas patatas y alguna otra cosa en un puchero de barro, y en tanto hervían, limpiaba su pequeña casa de tres habitaciones construida sobre la acequia misma. Tal era así que asomarse por el ventanuco trasero de su hogar era como flotar sobre el agua achocolatada y llena de brozas, cubierta de bardomeras en desfile procesional hacia el "partior", donde se detendrían a dar vueltas, una y mil, y hasta un millón de veces.

¿Por qué no quería la tía Manuela, la Palera, que se supiera dónde vivía? Si alguien le preguntaba, su respuesta invariable era:

—Por ahí, por la Huerta.

Y nada más podía extraerse de sus labios sellados con lacre. El semblante de la tía Manuela, la Palera, era severo, sus ojos cansados, el pelo almidonado, lechoso, grasiento, y revuelto. Hablaba poco la tía Manuela, la Palera. Justo lo preciso. Cuando alguien la interrogaba, queriendo saber algo más acerca de su vida, ella miraba al suelo y callaba tercamente, secundando con la palabra el brillo turbio de sus ojos.

¿Por qué callaba la tía Manuela la de los higos chumbos, la de los higos de pala? ¿Sabía, ignoraba o pretendía ignorar que la gente había descubierto su casa de adobes aupada a lomos de la acequia? Una de las pequeñas casitas que aún hoy pueden verse a lo largo del camino llamado de las "dos ciecas", por donde la granja de la Mariposa saluda a la estatua de don José Moreno al final del Malecón, y que luego se extienden camino arriba de La Ñora. Son casas sin tierra delante, casas sí con mucha agua corriente al pie mismo de sus cimientos. Pero ¿a qué beneficio? ¿Sirve acaso más el agua sin tierra que la tierra sin agua?

Cuando la tía Manuela, la Palera, había acabado de ordenar sus pocos enseres, llegaba un motocarro del campo, bajaba el hombre, apilaba a la entrada las cajas de los higos chumbos, cobraba y se marchaba. Y si el hombre pretendía ayudarla a introducir las cajas, la mujer lo echaba de un firme empujón. Pocos lograron verla lavar sus cajas de higos de pala, cosa que hacía aprovechando la ventana de su cocina, que daba al cauce, donde la mujer tenía instalada una garrucha con la cual subía el agua a discreción.

Luego, la tía Manuela, la Palera, cargaba en un carretón las cajas chorreantes de agua y se marchaba a la ciudad. Siempre varaba en la misma plaza la tía Manuela. Y eran varias las generaciones que habían comprado chumbos a la mujer. Llegaba ésta muy temprano, sacaba las tijeras de madera y los zarzos del almacén de un bar donde se los guardaban y montaba su puesto de higos de pala, extendiendo encima con mucho aire el género para avispar el deseo de los viandantes.

Entonces gritaba:

— ¡Hig00000s de paaaala...! ¡Los de paaaala!

Los críos hacían el pareado:

—Pa la abuela que está maaaala.

Algunas personas se asomaban a la ventana a ver si había llegado ya la tía Manuela, la Palera, que era un elemento insustituible en la plaza, un reloj avisador, puntual, sin posible retraso. Si era así acababan de peinar a los críos les daban un cachete y les decían: " ¡Vamos, al cole, que ya está aquí la Palera!" La Palera era el motor que accionaba la vida de la plaza. Todos se regían por ella: " ¡Hale, a desayunar que ya llegó la Palera!", " ¡Vicente, que vas a llegar tarde al trabajo!" "¿Es que llegó ya la Palera? ¡Demonios qué torpe y tardón que estoy esta mañana!"

Un rato después de llegar Manuela, la Palera, a su rincón de siempre, salían los niños camino del colegio acompañados por sus padres o tatas.. Si disponían de tiempo se demoraban un rato ante el puesto de la Palera:

¡Buenas, Manuela! ¡Ande y pélenos unos cuantos!

Y sin más que un cortés " ¡Buenas!". Manuela, la Palera, comenzaba a pelar higos chumbos. Los prendía con sus manos desnudas, con sus dedos largos de pianista potencial, sabedora del punto preciso donde la "puncha" traicionera pudiera aguardar amenazante, y con el índice y el pulgar a modo de pinza agarraba uno bien "maurico" dejando caer el verde. Tenía dos navajas Manuela, la Palera, una extendida sobre el saco, colocada encima de los zarzos y otra clavada en el armazón de los capazos en los que exponía los higos. Las usaba alternativamente, sin aparente razón para cambiar de la una a la otra. Acaso fuera para distraerse, porque Manuela nunca iba más allá de decir:

— ¿Los quiere mauros?

Buscaba entre la pila de chumbos aquéllos que seralaba el cliente con la mirada o con el dedo índice, y con la pinza de sus dedos los extraía sin pincharse, dándoles después un tajo a cada lado, luego otro en el centro, para acabar abriéndolos con la ura y requiriendo con la vista al cliente para que los tomara.

¡Qué habilidad tenía Manuela, la Palera, para pelar los chumbos! Más que ninguna otra de las muchas que vendían higos de pala en la ciudad. ¿Era, quizá, la veterana? Por su edad bien podría serlo. Sin embargo, los muchos aros no habían lastrado su celeridad, su rapidez para servir higos a cuantos llegaban al puesto a la misma vez, por muchos que éstos fueran. Iba ella dando a unos y a otros, pelando a la par para todos, adivinando el tiempo que cada cual tardaría en comerse el higo que acababa de darle, yendo entonces a otro para regresar a aquél, dominando a la parroquia con sus ojos un tanto pitarrosos, enrojecidos en la parte inferior de las cuencas.

Y, de cuando en cuando, repetía el pregón:

— ¡Higos de paaaala...! ¡Los de paaaala!

En ocasiones llegaba a pelar para seis. Y ningún cliente había de urgirla. Al contrario; era ella quien con un tic nervioso del ojo les pedía que tomaran el higo chumbo que ofrecía ya pelado. ¡Y con qué acierto arrojaba las mondas en la caja de madera o en el capazo! Mondas que luego vendería a los huertanos para cebar a los cerdos.

Por el puesto de Manuela, la Palera, pasaba todo el vecindario. Unos a comer, otros simplemente a saludarla. Manuela era una institución en la plaza, un elemento más, como la palmera, la estatua, el banco, las palomas, la pipera. Primero eran los empleados, después los colegiales con sus padres, o los padres solos o las criadas que bajaban a buscar los de pala para sus señores, o las amas de casa. Llegaban éstas con un plato de loza, blanco, reluciente, muy reluciente, al margen de las desconchaduras, compraban una docena y media si tenían invitados, o una "océnica", o media, o tres, depende, porque cada día era una necesidad distinta.

Manuela, la Palera, atendía a todos a un tiempo, simultaneando, para que nadie marchara descontento de su puesto; a todos daba abasto, y ni por esas se dejaba ganar por el nerviosismo o se "punchaba". Parecía tener sangre de acero, buen hierro en las venas, y ni una sola vez perdía la cuenta de los servidos.

Hacia las diez bajaba el barullo. Ocasión que aprovechaba para sacar nueva mercancía del almacén, para retirar las mondas, para ordenar el puesto y para lavar un nuevo capazo de higos. Era todo un espectáculo verla. Cruzaba la calle con su andar cojitranco, balanceando bruscamente su figura de un lado para otro, llevando en la mano un caldero de agua que arrojaba violentamente sobre el capazo para mover después los higos chumbos con una escoba de rama de dátil o gruesa palma. La acción siguiente era colocarlos sobre el zarzo y redoblar el pregón.

— ¡Freeeescos... los de paaaala!

A mediodía sacaba su puchero de barro o la fiambarrera abollada y comía el guiso con ligeras pausas entre cucharada y cucharada, porque la boca se la iba hacia adentro, acusando la orfandad de dientes de las encías.

¿Dormía la siesta Manuela, la Palera? Si la dormía o no era con los ojos nublados, pero abiertos de par en par, cuidando el género, acto, por otra parte, innecesario, porque llevaría con él la penitencia quien se atreviera a echarle mano. Los higos de pala parecen, en efecto, hechos a tenor de las manos de las paleras, que tienen concertados con ellos una especie de alto el fuego. Al menos no se sabe que nunca se viera a Manuela, la Palera, quejarse de un pinchazo. Si los recibía, que es presumible que sí, aguantaba con grandes redaros, sin melindres ni lamentos, consciente de que tocaba a ella sufrir el mal y no a su público.

Una vez vendido el género, la Palera recogía y se marchaba. En cualquiera de los casos, siempre se iba antes de que anocheciera, amparándose en las primeras sombras, silenciosa y triste, con la misma soledad con que llegaba.

E igual ocurría cuando acababa la temporada de los higos de pala. Ya nadie la veía más hasta el año siguiente. ¿Qué hacía entre tanto Manuela, la Palera? ¿Dónde se refugiaba? ¿Vivía de lo ganado en el verano?

Nada se sabía de ella.

Hasta que un verano las ventanas se abrieron a la plaza y las gentes se asomaron ansiando ver el puesto de Manuela, la Palera, la cual no acababa de llegar, a pesar de ser ya muchas las vendedoras de higos de pala que había en otras calles, esquinas y plazas. Se corrió entonces la especie de que Manuela, la Palera, estaba enferma. Pero nadie daba crédito a las palabras. Continuaba, por ello, latente el unánime deseo de que volviera a instalarse en la plaza su sombra renqueante y que su parca voz pregonara: "¡Frescos los de paaaala!"

A los pocos días se propaló la verdad: Manuela, la Palera, llevaba varios días encerrada en su casa. Y cuando los vecinos, alarmados por su ausencia, llamaron a la puerta, por toda respuesta olieron a muerto. Manuela, la Palera, murió, como vivió, sola en aquella lúgubre y húmeda casa suya aupada a un costerón de la acequia, aquella mísera casa que ella ocultaba de todos. Aquella casa en que día a día, durante muchos años, había vivido purgando la muerte que dio a su marido borracho, aquel marido suyo que había permitido que el agua de la acequia se llevara al único hijo que había cobijado en sus entraras. Cumplida la condena impuesta por los hombres, Manuela, la Palera, se había autoimpuesto volver a su casa para que ésta fuese su tormento, su purgatorio, su perenne infierno.

Los parroquianos de Manuela, la Palera, respetaron el deseo de la mujer de no desvelar la ubicación de su casa, (lo cual ya no era secreto para nadie, aunque se silenció voluntariamente). La esquela mortuoria, si la hubo, ocultó el domicilio; la gente calló. La plaza aquel año parecía otra. Muchos aún abrían la ventana, de mañana, creyendo oír la voz de la Palera. Pocos vecinos comieron higos de pala de otros puestos.

Este fue el sencillito homenaje que se hizo a aquella triste mujer que había hecho de su vida un rosario de pinchas, de afiladas "punchicas" de pala.